

Un salesiano a la derecha del Padre

Un acercamiento a la figura del cardenal Tarciso Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad y hombre clave en la Santa Sede.

Por TOMÁS ELIO GRANDE

El pasado mes de octubre de 2006 algunos medios de prensa internacionales informaban de la posible visita a Cuba del cardenal Tarciso Bertone, Secretario de Estado del Vaticano, con motivo del décimo aniversario de la visita del Santo Padre Juan Pablo II a nuestro país. Días después, y durante la premiación del concurso de periodismo de la revista *Palabra Nueva*, varios corresponsales extranjeros presentes en la velada abordaron al cardenal Jaime Ortega, quien confirmó la noticia.

No caben dudas de que esta visita constituye todo un acontecimiento: en primer lugar, la presencia del cardenal Bertone entre nosotros es el gesto más destacado de la Santa Sede hacia Cuba desde el inicio del nuevo Pontificado; en segundo lugar, se trata de una personalidad que posee una relevancia de primerísimo nivel por su gestión directa al frente de la Secretaría de Estado de la Santa Sede y por su cercanía al papa Benedicto XVI. Además, desde el 4 de abril de 2007 es también el Cardenal Camarlengo, es decir, la persona que asume el gobierno temporal de la Iglesia Católica Romana desde la muerte de un pontífice hasta la elección del sucesor. Los cargos de Camarlengo y Secretario de Estado no han sido desempeñados simultánea-



mente desde la muerte del cardenal Jean Villot, quien se encargó de comprobar el fallecimiento de los papas Pablo VI y Juan Pablo I.

Un teólogo futbolista

Justamente un año después de ser elegido pontífice, Benedicto XVI decidió comenzar a realizar importantes cambios en la Curia Romana. El nombramiento del cardenal Bertone como sucesor del cardenal Angelo Sodano al frente de la Secretaría de Estado marca un punto de inflexión importante que nos devela algunas pistas sobre el nuevo pontificado. A muchos llamó la atención que el

Santo Padre designara para esta importante misión a alguien que no provenía del ámbito diplomático. Debemos tener presente que durante el pontificado de Juan Pablo II se consolidó en el servicio diplomático de la Santa Sede un poderoso equipo, integrado en su mayoría por descendientes de la escuela del cardenal Agostino Casaroli, arquitecto de la política vaticana de apertura hacia Europa del Este. El cardenal Casaroli dejó una profunda huella en Roma por su ejemplar servicio a la Iglesia.

La Secretaría de Estado es de vital importancia y su misión más destacada es el servicio y el apoyo al

Romano Pontífice en el pastoreo de la Iglesia Universal. Esta importante estructura eclesial cuenta con dos secciones. La primera -llamada de Asuntos Generales- está centrada en la gestión de los temas eclesiales internos. La segunda -de Relaciones con los Estados- actúa más hacia fuera de la Iglesia. Para la prensa y los vaticanistas era “lógico” que con Benedicto XVI la Secretaría de Estado recayera en manos de un “experto”. Mas en asuntos eclesiales la “lógica” no siempre suele tener la última palabra.

El cardenal Tarciso Bertone es un buen teólogo, con una gran experiencia pastoral y académica.

Ordenado sacerdote a los 26 años, fue Obispo de Vercelli, en la región Piamonte, donde nació don Bosco. Miembro de la familia salesiana, la actividad como teólogo, profesor y académico llevaron al futuro cardenal hasta el rectorado de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma. Además, estuvo al frente de la arquidiócesis de Génova, importante sede apostólica italiana.

Quizás lo que más lo una al Santo Padre sea el amor por la teología: entre 1995 y 2002 fue secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, como brazo derecho del titular, el entonces cardenal Joseph Ratzinger. En el cargo de secretario de este importante dicasterio Juan Pablo II le encargó que preparara y publicara las revelaciones del Pontífice sobre el tercer secreto de Fátima, que tanto revuelo causó en el Jubileo del año 2000. Fue él quien, de su puño y letra, copió las últimas declaraciones de sor Lucía, la última vidente de Fátima que aun vivía. En 1988 formó parte del grupo de peritos que acompañó al cardenal Ratzinger en las negociaciones con el obispo cismático Marcel Lefebvre.

Además, el cardenal Bertone es considerado un pastor extrovertido, enérgico y simpático. Es un apasionado del deporte y, en particular, del fútbol y se declara seguidor del *Juventus*, equipo de la Liga Italiana. Varias veces ha comentado partidos

de fútbol para la televisión. En meses pasados escandalizó a muchos en el Vaticano al lograr que el Papa autorizara la primera *Liga de Fútbol*



Eclesial, compuesta por varios equipos integrados por sacerdotes y seminaristas de la diócesis de Roma.

En varias ocasiones -siendo arzobispo de Génova- visitó la diócesis cubana de Santa Clara, donde brindó su apoyo para el trabajo pastoral.

A la revista italiana *30 Días* ha declarado que guarda una especial cercanía por la Iglesia cubana y un gran respeto por el cardenal Jaime Ortega. Durante su último viaje a nuestro país, antes de ser designado Secretario de Estado por Su Santidad, se entrevistó con el presidente Fidel Castro.

Al servicio del Romano Pontífice

Aunque aún es demasiado pronto para intentar esbozar los alcances de su gestión al frente de la Secretaría de Estado, desde que asumió funciones ha tenido la posibilidad de cre-



cerse ante situaciones bien complejas. Este italiano ha sabido imprimirle a la política exterior vaticana, enfocada hacia áreas que en la actualidad la

Iglesia juzga claves, un desbordante dinamismo.

El Secretario de Estado de Su Santidad tuvo que afrontar la difícil situación creada por la actitud errática del arzobispo africano Milingo, quien contrajo matrimonio y ha intentado dividir la Iglesia. También con maestría movilizó a la diplomacia vaticana para hacerle frente al malentendido que causó en algunos ambientes musulmanes las declaraciones del Papa en Rastibona. El viaje a Turquía del papa Benedicto XVI, en noviembre de 2006, puso a prueba las dotes diplomáticas del Cardenal, tanto hacia las autoridades turcas como -desde el punto de vista ecuménico- hacia el Patriarca de Constantinopla.

Pero otros son los escenarios donde el cardenal Bertone se ha desempeñado, igualmente, con una desbordante creatividad, poniendo la diplomacia vaticana al servicio de lo que parecen ser dos metas ineludibles para Benedicto XVI: China y Rusia.

La normalización de las relaciones políticas con Pekín -para de esta manera normalizar la vida de la Iglesia en este país asiático- y el afianzamiento de los lazos con el Patriarcado Ortodoxo de Moscú han sido metas hacia las que se ha avanzado con una inteligencia admirable.

En la aurora del Tercer Milenio Juan Pablo II logró impregnar a la voz de la Iglesia en la arena internacional de dos significativas señas de identidad: la defensa de la paz y de la justicia social.

El gran reto del cardenal Bertone consiste en apoyar al Santo Padre Benedicto XVI en mantener vivo y afianzar el rico legado de Juan Pablo II, quien además de colocar a la Nave de Pedro “en medio del mundo”, hizo que su voz fuera respetada por todos.

